



Ejecutivo
a la *carta*

WHITNEY G.

Phoebe

WHITNEY G.

Ejecutivo
a la *carta*

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

*Para los mejores lectores del mundo y por las vacaciones.
Gracias por leerme.*

UNA NOTA DE WHITNEY G.

Mi querido y alucinante lector:

Muchas gracias por elegir *Ejecutivo a la carta*. Me lo he pasado genial escribiendo esta novela de vacaciones, y espero que vosotros lo paséis genial con Georgia y Dominic.

Si quieres ser el primero en enterarte de mis próximos lanzamientos, descuentos y contenido exclusivo que solo ofrezco a los lectores, asegúrate de suscribirte a mi Lista Exclusiva F. L. Y. («F. L. Y.» = «*Effin*” *Love You*»). Porque tanto si te encanta esta historia como si la odias, yo os requeteadoro por haberle dado una oportunidad).

Atentamente
Whitney G.

PRÓLOGO

Aviso urgente: *Cancelación de cuenta*

Estimada señorita Georgia Grey:

Nos dirigimos a usted para informarle de que, a partir de hoy, su cuenta en la aplicación Ejecutivo a la carta quedará oficialmente cancelada.

Debido a repetidas infracciones de nuestras normas —algunas de las cuales se abordan a continuación— ya no podrá elegir entre nuestros candidatos estelares ni solicitar un ejecutivo que la acompañe a reuniones familiares y de negocios.

*Le recordamos que no está permitido solicitar a nuestros acompañantes que se presenten en el trabajo por usted, ni que «se planten frente a la ventana del cabrón de su jefe y le saquen el dedo corazón mientras ponen a todo volumen el rap I Don't F*ck with You» ni que le desinflen los neumáticos a «cualquier coche deportivo caro que esté aparcado en la plaza del director general». Por favor, revise nuestros términos y condiciones.*

Puede volver a solicitar el acceso transcurrido un (1) año natural.

Atentamente

El equipo de Ejecutivo a la carta

P. D.: Sus cuentas «secretas» —Bee Bee Grey, Georgia on Your Mind y Ayudaporfavor (Odio mi vida y a mi jefe)— también han sido canceladas.

1

PARK CITY, UTAH

DOS MESES ANTES DE NAVIDAD

DOS DE LA MADRUGADA

DOMINIC

—¡Alerta de intruso! ¡Llamada a la policía en curso! ¡Alerta de intruso!
La alarma resuena en mi piso y me arranca del país de los sueños.
Cojo el móvil para apagarla, pero el volumen del sistema aumenta
y las palabras «¡Contraseña incorrecta! Las luces de casa están desactivadas»
parpadean en mi pantalla.

¿Qué coño pasa?

Gruño, salgo de la cama y me dirijo al cuarto de baño en la
más absoluta oscuridad. Me lavo la cara con agua fría y me cepillo
los dientes, suplicando que todo vuelva a la normalidad, pero mi
apartamento sigue a oscuras.

Antes de que pueda tratar de reiniciar la alarma, oigo unas fuertes
pisadas en el pasillo.

—¡Por aquí! —grita una voz grave—. ¡No está en su cama!

—¡Comprueben la biblioteca y la cocina! ¡Rápido! —ordena otra
voz.

La puerta se abre de repente y alguien me apunta a los ojos con una linterna.

—¡Está aquí! —La voz de ese tío suena aún más fuerte que sistema de alarma—. ¡El señor Reiss está a salvo!

—Siento despertarle a estas horas, señor. —Walsh, mi jefe de seguridad, me deja medio ciego con la luz—. Tenemos que trasladarle a un lugar seguro lo antes posible.

—¿Es el fin del mundo o algo así?

—Señor, tenemos razones para creer que alguien está conspirando para asesinarle.

—¿Qué?

—Se lo explicaré todo en el coche. Vámonos.

—¿Puedo vestirme primero?

—No tenemos tiempo para eso. —Me lanza una bata—. Tendrá que apañárselas con esto.

—Al menos podría dejar que me pusiera una camisa.

Sin decir nada más, me conduce al ascensor privado, y me convenzo de que esto es una pesadilla; de que es imposible que alguien vaya a por mí cuando apenas me faltan unos meses para cerrar el mayor negocio de toda mi carrera.

Cuando llegamos al coche, el conductor sale a toda velocidad a la calle.

—Hemos notado un pico de búsquedas en la dirección IP de la empresa. —Walsh me pasa una *tablet*—. Y esta noche alguien ha entrado en su portátil.

—Eso es imposible —protesto—. Solo se enciende con mi huella dactilar.

—Véalo usted mismo. —Me hace un gesto para que mire la pantalla.

«¿Cuánto arsénico puedes poner en el café de alguien para que enferme, pero sin matarlo?».

«¿Y qué hay del anticongelante?».

«¿Los trabajos de nueve a cinco son una especie de castigo sádico?».

—Estas búsquedas se han intensificado recientemente, señor — explica—. Creemos que alguien intenta sabotearle.

—No me puedo creer que me hayan sacado de la cama por esto. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Podría decirle a mi asistente que me lleve un traje a la oficina, por favor?

—Vamos un paso por delante de usted. —Actualiza la pantalla—. Debemos tomarnos esto muy en serio, señor. Aquí hay más.

Resisto el impulso de tirar la *tablet* por la ventanilla y miro los resultados de la búsqueda.

«¿Cuánto tardan en desinflarse los neumáticos del Audi Spider?».

«Sicario de alquiler, pero solo para algún trabajillo esporádico, no para asesinatos, al menos de momento».

«¿Puedo sobornar a un camarero para que añada una pizca de matarratas a un café? ¿Iría a la cárcel por eso o solo acusarían al camarero?».

«Dominic Reiss tiene un cuello muy “apuñalable”».

«¿Cómo desbloquear Pinterest en mi ordenador del trabajo?».

—Interesante. —Sonríó—. ¿Cuándo empezaron estas búsquedas?

—Hace dos semanas, señor. Y puedo asegurarle que no es para tomárselo a broma.

Reprimo una carcajada: las fechas encajan con el momento en que cierta empleada fue degradada de jefa de equipo a becaria porque se negó a comprender lo que significa «horas extraordinarias obligatorias». Cierta empleada que es, con diferencia, la mujer más sexy que he conocido, pero la peor trabajadora que el departamento de Recursos Humanos de mi empresa ha contratado jamás.

—¿Quiere que se lo notifique al FBI, señor Reiss? —pregunta Walsh.

—No. —Sacudo la cabeza—. No me siento amenazado en absoluto.

—¿Está seguro, señor?

—Muy seguro, Walsh. —Miro el reloj—. No hay por qué llevar esto más lejos.

—Como quiera, pero no podrá regresar a su casa hasta esta tarde. Hace un par de llamadas mientras el chófer avanza a toda velocidad por las calles.

En cuanto llegamos me detengo para admirar el letrero dorado de Reiss Enterprises que hay sobre la escalinata. Lo vea las veces lo vea, siempre me recuerda lo duro que he trabajado desde que cumplí dieciséis años para llegar a donde estoy ahora.

Salgo del coche, abro la puerta principal y entro en el edificio.

Parpadeo un par de veces al ver el vestíbulo: un enorme árbol de Navidad, envuelto en una cinta roja y decorado con brillantes adornos de cristal, reluce frente a los ventanales; una exuberante guirnalda verde cuelga de la barandilla de la escalera y una larga hilera de centelleantes luces navideñas dibuja un camino de colores en el suelo.

Es el primer año que pido que se decore este lugar para las fiestas, y me sorprende que el personal se haya ocupado tan pronto de este asunto.

Intrigado, sigo el camino de luces y entro en la sala de conferencias; paso entre dos muñecos de Cascanueces de tamaño natural y descubro a la sospechosa principal de mi futuro asesinato.

Georgia Grey.

Va vestida con una camiseta rosa de tirantes transparente y unos *leggings* que abrazan sus curvas, y la encuentro más tentadora de lo habitual. Su pelo ondulado, negro como la tinta, que suele llevar suelto sobre los hombros, está recogido en una coleta baja en la nuca.

Llevo meses obligándome a no mirar sus labios carnosos y rosados, pero desde este ángulo no puedo evitarlo. De sus auriculares se escapa la música navideña que escucha a todo volumen, y aprovecho la oportunidad para contemplarla unos segundos más.

—Buenos días. —Me aclaro la garganta—. ¿Señorita Grey? —No contesta. Me acerco y le quito uno de los auriculares—. ¿Puede oírme ahora?

—Qué dem... —Se da la vuelta—. Ay, eeh... Hola, señor Reiss.

—Señorita Grey. —Me mira el pecho, así que no me molesto en atarme la bata—. No sabía que fuera capaz de venir a trabajar a la hora, y mucho menos antes. ¿A qué se debe?

—Eeh... —Por fin me mira a la cara—. He venido a encargarme del País de las Maravillas Invernal que se supone que hay que montar para las fiestas.

—¿No debería encargarse un equipo de esto?

—No cuando el equipo no sabe lo que hace —replica—. No se ofenda, pero la mayoría de la gente que trabaja aquí no tiene la más mínima creatividad.

—Cuando dije que alegráramos un poco este lugar para Navidad, pensaba tan solo en un árbol en el vestíbulo.

—En ese caso, supongo que el director general también tiene unos niveles de creatividad decepcionantes.

—Que conste, señorita Grey —digo, mirándole los labios—, que si ha decidido ir más allá en esa petición trivial, no por ello va a quedar eximida de sus tareas.

—Jamás se me ocurriría pensarlo, señor Reiss. —Retrocede un paso y coge un termo—. Pero ya que lo menciona, y como ahora solo soy una humilde becaria, me he encargado de mantener caliente el café para usted.

—¿Dónde lo ha comprado?

—Lo he hecho yo misma. —Sonríe—. He decidido «ir más allá» en todo lo que hago.

—¿Por qué no toma un sorbo antes de dármelo?

—No hace falta. —Me lo tiende—. No quiero robarle cafeína a mi increíble jefe, que es quien más la necesita.

—No quisiera pensar que está intentando envenenarme, señorita Grey.

—Yo tampoco. —Sigue con el termo tendido hacia mí, así que lo cojo y me hago la firme promesa de vaciarlo en cuanto llegue a mi despacho—. Tengo que terminar de enlazar las guirnaldas. —Se aclara la garganta—. Mi jefe tiene a todo el mundo en alerta, así que debo estar en mi puesto dentro de unas horas.

—Hablando de alertas, mi sistema de alarma se ha encendido esta mañana por primera vez en diez años. ¿Por casualidad sabe algo de ese asunto?

—No, pero diez años es mucho tiempo sin probar el sistema. —Menea la cabeza—. Quizá la compañía de alarmas ha querido verificarlo sin avisarle.

Entrecierro los ojos.

—O quizá alguien quiere que me sienta tan mal como yo le hago sentir para que cambie mis horribles costumbres.

Se encoge de hombros.

—Más bien creo que estos días está tan ocupado que lo ha pasado por alto.

—Georgia Grey... —Me acerco más a ella—. Ambos sabemos que este es el primer trabajo de verdad que ha tenido en su vida.

—Permítame que le corrija: es el peor trabajo que he tenido en mi vida.

—Sin embargo, la forma de conseguir un ascenso no es cabreando a su jefe.

—¿Debería lamerle el culo, como todo el mundo?

—Hay otra cosa bajo mis pantalones que preferiría que lamiera...

Se le desencaja la mandíbula.

—¿Señor Reiss? —Mi ayudante entra en la sala antes de que cometa el error de acercarme más a Georgia—. Le he traído su traje y sus zapatos.

—Gracias. —Retrocedo un paso—. Mientras me visto, haga el favor de refrescarle la memoria a la señorita Grey sobre la política de la empresa en materia de rendimiento laboral, si es tan amable.

—Así lo haré, señor.

Georgia me fulmina con la mirada cuando me alejo, y subo corriendo a darme una ducha fría.

Joder. ¿Por qué coño no la he despedido aún?

2

PARK CITY, UTAH

DOS MESES ANTES DE NAVIDAD

ESE MISMO DÍA

GEORGIA

Agáchate un poco más...

Si bajo más la cabeza, voy a clavarme el bolígrafo en el ojo y todo esto se va a llenar de sangre, pero no les pediré a mis compañeros que llamen a la ambulancia: me limitaré a preguntar si puedo largarme de una vez de esta soporífera reunión.

Llevo encerrada en esta fría sala de conferencias desde las nueve de la mañana y me pican los ojos de tanto mirar esa enorme pantalla, pero, por algún extraño motivo, me parece que soy la única que está deseando escapar.

A lo mejor debería apuñalarme los dos ojos en lugar de uno solo...

—¿Qué te parece la propuesta final, Georgia? —Mindy Sterling, la lameculos oficial de la empresa, frustra mis planes sin despeinarse—. ¿Georgia?

—Sí, eeh... —Dejo el bolígrafo—. Suena supergenial.

—¿Has escuchado algo de mi presentación?

—Lo siento. —Sacudo la cabeza—. Ha sido un día muy largo, Mindy.

—Los días en Reiss Enterprises nunca son largos. —Parece ofendida—. Duran lo que tienen que durar porque confiamos en la visión de nuestro querido director general.

Mis compañeros de trabajo, a los que también les han lavado el cerebro, murmuran un asentimiento y yo controlo el impulso de poner los ojos en blanco.

Nuestro «querido director general» es la personificación de todo lo que significa ser un jefe terrible. Solo tiene un punto positivo como ser humano: es de lo más sexy.

—Ya que eres a la que mejor se le dan las relaciones con los clientes, Georgia —Mindy me tiende una carpeta—, cuando llegue diciembre tendrás que encargarte de recibir a nuestros clientes invitados en el aeropuerto y de acompañarlos a la sede de la empresa para la presentación del marketing navideño.

—¿Y si para entonces sigo siendo solo una becaria degradada?

—Tendrás que trabajar duro para recuperar tu puesto y que eso no ocurra. —Entrecierra los ojos—. Tienes un presupuesto ilimitado para decoración, y estamos deseando ver esa «magia navideña» que aprendiste en tu empleo anterior. ¿Tienes alguna pregunta más?

¿Puedo irme ya a casa?

—Por ahora no.

—Estupendo. Ahora veamos cómo están las proyecciones del cuarto trimestre y cómo nos situamos con respecto a la competencia.

Ignoro sus palabras y vuelvo a pensar en clavarme el bolígrafo en los ojos, aunque me da la sensación de que no va a ser suficiente para llamar la atención. Llevo algo menos de un año trabajando en esta empresa y estoy convencida de que esta vida no es para mí.

Ni siquiera sé a qué nos dedicamos en realidad.

Las mañanas de madrugones imposibles, las tardes de papeleo y las reuniones nocturnas «urgentes» me han dejado descorazonada. No me relaciono con nadie del trabajo fuera de la oficina porque todos los empleados son implacables y están locos por ascender en el escalafón. Incluso en una ocasión, cuando traje unas galletas caseras para compartir con todos en la sala de descanso, alguien me denunció a Recursos Humanos por «intentar envenenar a la competencia con gluten».

Por si fuera poco, el «querido» director general está convencido de que todos en este planeta viven para atender a sus necesidades. Como soy una persona agobiada pero empática, he decidido hacer lo correcto y rezar una oración diaria por él.

«Querido Dios: por favor, asesina a mi jefe. Muchas gracias de antemano. Amén».

Cuando Mindy está repartiendo más carpetas toda la sala se queda en silencio. Unas fuertes pisadas se oyen a mi espalda y la mujer que está sentada a mi lado reprime un jadeo, lo que solo puede significar una cosa...

—Buenas noches. —La presencia del señor Reiss acelera mi corazón a un ritmo peligroso. Se rumorea que es capaz de hacer que cualquier mujer moje las bragas sin esforzarse solo con el sonido profundo de su voz.

Cualquier mujer salvo yo, claro.

—Espero que no les importe que participe en esta reunión —dice.

—Preferiríamos que nos sacara de esta agonía y acabáramos de una vez —murmuro.

—¿Qué has dicho, Georgia? —pregunta Mindy.

—He dicho: «¿Qué puede ser mejor que tener a nuestro querido jefe mirando por encima de nuestros hombros y vigilando todos y cada uno de nuestros movimientos?».

—¡No hay nada mejor! —Mindy está a punto de caerse en su apresuramiento para servirle una taza de café.

El señor Reiss se toma su tiempo para dar una vuelta alrededor de la mesa y se sienta justo enfrente de mí. Entonces esboza su perfecta sonrisa, esa que dice *«Sé que soy muy sexy»* y que acentúa aún más su cincelada mandíbula. Los pezones se me endurecen bajo la blusa y no puedo evitar cruzar las piernas. Lo vea las veces que lo vea —en persona o en la prensa—, mi mente siempre se desliza por el húmedo y sinuoso sendero de las fantasías prohibidas.

Cuando lo tuve delante por primera vez pensé que era una fantasía andante, que los ángeles se habían esforzado en convertirlo en el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra y su creación más perfecta.

Pero la primera vez que lo oí hablar —un seco *«No le pago para que se quede mirándome todo el día, señorita Grey»*— quise clavarle un cuchillo.

—No permita que interrumpa la reunión —dice—. Continúe con su presentación, señorita Sterling.

Ella sigue sin perder el ritmo, y yo intento apartar la mirada de mismísimo diablo vestido de negro, pero no puedo; ahora mismo no.

Se lleva la taza a los labios y da un sorbo lentamente sin apartar de mí esos insondables ojos azules; mi cuerpo me traiciona y me recorre una oleada de calor.

—Quiero asegurarme de que todos los hoteles tengan bolsas de regalo especiales para agasajar a nuestros huéspedes. —Mindy sigue parlotando, y por fin me obligo a apartar la vista, pero aún puedo sentir la del señor Reiss clavada fijamente en mí.

Para cuando Mindy se cansa de escuchar el sonido de su propia voz son las diez de la noche y me he perdido el estreno de la nueva temporada de mi serie favorita.

Guardo las carpetas en el maletín y me dirijo hacia la puerta con la esperanza de llegar a casa a tiempo de ver aunque sea un rato en diferido.

El señor Reiss pone la mano en el marco de la puerta cuando me acerco.

—¿Puedo hablar con usted un momento, señorita Grey? —pregunta.

—Creo que usted y yo ya hemos hablado bastante por hoy, señor. Sus labios dibujan una sonrisa.

—¿Necesita comentar algo conmigo, señor Reiss? —Mindy se aclara la garganta desde el pasillo.

—No, señorita Sterling. No tengo ningún asunto pendiente con usted.

—¡Vale, genial! —Ella sonrío y se va dando saltitos como si le hubiera tocado la lotería por tener la aprobación del jefe.

El señor Reiss llama al ascensor y se vuelve hacia mí.

—Me sorprende que mi coche no haya sufrido un pinchazo ningún día de esta semana —comenta.

—A mí también.

— Y tampoco me he encontrado con una persona desconocida rapeando frente a mi oficina sobre lo mucho que me odia.

—Supongo que el pobre habrá tenido problemas de agenda.

—Seguro que *la pobre* los ha tenido, sí. —Sonríe—. El caso es que Recursos Humanos me ha dicho que ha pedido usted unos días para pasar las Navidades en casa. Han comentado algo sobre que tenía que presentar a su novio a su familia...

—No, no es eso. —No me puedo creer todavía que yo les haya dicho la verdad—. Es porque ha fallecido un conocido y debo ir a presentar mis respetos.

—Lo lamento. —Frunce el ceño—. ¿De quién se trata?

—No la conoce.

—Dígame, por favor.

—Es la persona que yo solía ser —respondo.

—¿Qué?

—Ha perdido la cabeza y el norte, así que tengo que volver a casa y llorarla como es debido. Con un poco de suerte, aún estamos a tiempo de resucitarla.

—Por favor, hágale llegar mi más sentido pésame. —Sonríe—. Por desgracia, no voy a poder aprobar sus vacaciones porque las ha solicitado con muy poca antelación.

—¿Dos meses es poca antelación?

—Sí, cuando se trata de algo tan trivial como presentar a un novio —replica—, aunque valoraré si puede irse a casa en Año Nuevo.

—Dejó que Mindy se fuera de vacaciones en Pascua porque quería acariciar a unos conejitos en el parque.

—Era la primera vez en cinco años que pedía un día libre.

—Eso es... trágico. Pero está siendo injusto, y tengo derecho a disfrutar de un fin de semana libre.

—No lleva saliendo con Dante el tiempo suficiente para presentárselo a su familia.

—¿Cómo dice?

—Lo conoció cuatro meses después de empezar a trabajar a mis órdenes.

—¿Y?

—No es tiempo suficiente.

—Gracias, papá. —Pongo los ojos en blanco—. ¿No actualicé ayer la agenda para incluir sus vacaciones con Amy, su novia? —No contesta—. Claro que sí. Entonces, ¿qué le hace pensar que alguno de sus pobres peones no va a querer hacer lo mismo?

—Señorita Grey —se acerca a mí—, le pido disculpas.

—Acepto sus disculpas, señor Reiss, y está perdonado.

Me mira fijamente a los ojos como hace siempre que estamos solos, como, por ejemplo, las noches que nos quedamos trabajando

hasta tarde, en que se sienta a mi lado y se comporta durante un rato como un ser humano mientras hablamos hasta el amanecer.

En esos momentos me siento como si se hubiera puesto un disfraz de ángel y me viera como algo más que una empleada; como si fuéramos amigos de verdad.

—Me refiero a que siento haberle dado la impresión de que esto era un debate. —Ha vuelto su personalidad demoníaca—. No lo era.

—¿Ha pensado alguna vez en hacer terapia para tratar sus cambios de humor?

—De cualquier forma, tiene trabajo atrasado —continúa, ignorando mi comentario—. Lo último que necesita son unas vacaciones.

—¿Quiere decir que lo que necesito es trabajar?

—Eso es.

—No trabajo en Navidad.

—Ya hemos hablado de ese tema, señorita Grey. Ahora tenemos que discutir otro par de cosas. —Saca un sobre del bolsillo y me lo tiende—. He recibido esta mañana una carta del Diccionario Webster.

—¿Así que por fin van a añadir «jefegilipollasinsoportable» a sus registros?

—No. —No se merece ser así de guapo—. Querían hacerme saber que una empleada anónima les ha estado enviando diez solicitudes al día para que añadan mi foto junto a la palabra «cabronazo», y confiaban en que se hartara de que la rechazaran después de la nonagésima octava vez.

—A la nonagésima novena va la vencida... Qué horror. —Cojo el sobre con las mejillas ardiendo—. Me aseguraré de mencionarlo en el correo corporativo, y confío en que esa empleada se centre en su trabajo.

—Sería la primera vez. —Me abre la puerta con expresión divertida—. Que pase una buena noche, señorita Grey.

—Gracias. —Salgo al pasillo—. Un momento... Ha dicho que había un par de cosas que quería discutir conmigo. ¿Cuál es la otra?

—Su novio. —Hace una pausa—. ¿Se acuesta con él?

¿Qué?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Solo era curiosidad. —Me mira de arriba abajo—. Nunca ha venido al trabajo con aspecto de bien follada o con pinta de haber tenido un arrebato de pasión, así que...

—¿Puedo preguntar lo mismo sobre su novia?

—No.

—Pues vale.

—Quiero decir que no, no me acuesto con ella. —Lo piensa un instante—. Supongo que, en realidad, no es mi novia... —Trago saliva. No tengo ni idea de qué responder a eso—. ¿Está enamorada de él? —pregunta, acercándose.

Silencio.

—Le veré el lunes, señor Reiss.

—Probablemente nos veamos mañana.

—Mañana es sábado.

—Tengo la sensación de que el director general va a enviar un correo dentro de unas horas sobre un trabajo urgente.

Pasa a mi lado sin decir nada más, y yo me quedo aquí plantada, confusa y excitada, como siempre.

Estoy tentada de ir a por él, pero entonces recuerdo que no me ha concedido las vacaciones por Navidad.

Que le den...

2 (B)

PARK CITY, UTAH

UNAS NOCHES MÁS TARDE

GEORGIA

—¡Vamos, Georgia! —Mi compañera de cuarto, Jessica, se sienta frente a mí—. Puedes salir a tomar una copa conmigo. Será menos de una hora...

—Si tuviera una hora extra, probablemente la usaría para desmayarme. —Suspiro—. Tengo que terminar esto antes de mañana.

Estoy sentada al fondo de una cafetería y tengo los dedos acalambrados por haber pasado la noche en vela tecleando.

—Deberías pedirles a los empleados que te instalen una ducha aquí —comenta—. Es para lo único que usas tu apartamento estos días.

—No me lo recuerdes.

—¿Aún planeas organizar una cena sorpresa para el cumpleaños de Dante?

—Por supuesto. —Abro el bolso y saco una cajita roja de regalo—. ¿Puedes dejar esto en la mesa del salón para él, por si tengo que reprogramarlo?

Me dedica una mirada que conozco muy bien: es la misma que solía dirigirle a mi hermana mayor cada vez que me daba una excusa para poner su trabajo por delante de su vida personal.

—Me debes una, Georgia. —Me abraza—. Te llamaré más tarde.
—Hasta luego. —Sale de la cafetería, y estiro mis dedos cansados.
Por la fuerza de la costumbre, abro Ejecutivo a la carta en mi teléfono.

En el momento en que tecleo mi nombre de usuario, la pantalla parpadea con dos palabras terribles.

«¡Cuenta cancelada!».

Ag.

Como si algo fuera a cambiar, pruebo con otro alias y ocurre lo mismo.

Estoy planteándome comprar otro teléfono cuando Mindy entra corriendo en la cafetería.

—¿Georgia? —Me localiza y corre hacia mi mesa—. ¿Por qué no has respondido a ninguno de mis mensajes esta noche?

Porque he bloqueado tu número.

—Hoy no he recibido ningún mensaje tuyo.

—El señor Reiss quiere que nos reunamos con él junto al árbol.

—¿Para qué?

—Sea lo que sea, seguro que es muy importante. —Me hace un gesto para que me levante—. Iremos juntas. No me fío de que vayas a ir si te dejas sola.

—No te culpo —susurro.

—Llevo en el coche un par de termos con café caliente para él, pero también quiere unos *bagels*. —Lo dice como si fuera un asunto de vida o muerte—. ¿Puedes pedir unos recién hechos?

—Dale esto. —Le tiro la bolsa que no he llegado a abrir.

—¿Qué? —Se pone la bolsa contra la mejilla y suelta un jadeo—. ¿En serio piensas que voy a llevarle *bagels* fríos a Dominic Reiss?

—Podemos usar las rejillas de ventilación del coche para calentarlos de camino.

Deja caer la bolsa al suelo y se va corriendo al mostrador para pedir otros.

Molesta por la nueva intromisión de Reiss Enterprise, estoy a punto de cerrar el portátil cuando se me ocurre una idea.

Busco entre mis contactos y localizo al primer «ejecutivo a la carta» que contraté: un chico que al final dejó la aplicación y montó su propio negocio.

—Servicios Tate McGuire —contesta al primer timbrazo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola... Esto..., soy Georgia. Me diste tu número de teléfono hace algún tiempo.

—Ah, ¡hola! Me acuerdo de ti. —Su voz suena como si estuviera sonriendo—. ¿Se las apañó tu jefe para quitar la pintura del parabrisas?

—Se compró un coche nuevo. —Sacudo la cabeza—. Oye, me preguntaba si tienes a alguien en tu equipo que pueda venir y se ponga a gritar durante una reunión que tenemos esta noche en el vestíbulo. No sé, que vaya gritando locuras hasta que nos veamos obligados a ponerle fin. Y si lo tienes, ¿cuánto costaría?

—Bueno, si quieres que le demos una buena paliza, son cinco mil. Si quieres que solo lo sacudamos un poco, lo suficiente como para que dé gracias de que no haya sido peor, son quinientos dólares.

—No, espera, solo quiero que venga alguien a boicotear la reunión.

—Te entiendo. Estamos hablando en clave, y «boicotear» significa «dar una paliza», ¿no?

—No, hablaba literalmente.

—Entonces, ¿dónde quieres que nos veamos después de darle una paliza a ese tío?

—No quiero que le des una paliza a nadie. Solo quiero que montéis una distracción.

—¿Y si le pegamos de todos modos y nos pagas a plazos por el favor?

Cuelgo y me resigno a mi suerte.

3

PARK CITY, UTAH

SEMANAS DESPUÉS

DOMINIC

Al mirar por la ventanilla del asiento trasero veo a Dante, el novio de Georgia, colocando un cartel que dice «*FUTURO MULTIMILLONARIO: PREGÚNTAME LO QUE QUIERAS*» delante de la sede de mi empresa.

¿Qué demonios ve en este tipo?

Por lo que he averiguado sobre él, se gana la vida haciendo vídeos motivacionales en YouTube y vendiendo cursos *online* del tipo «Cómo ganar seis cifras en un mes».

Por si eso no fuera suficientemente cuestionable, lleva años utilizando la misma foto de perfil. Con el traje caqui descolorido y ese pelo corto pelirrojo a juego con la hortera corbata de cuadros, parece más un vendedor de coches usados que un aspirante a empresario.

Lleva unas semanas merodeando frente a mi edificio hasta muy tarde para llevar a Georgia a casa. También ha interrumpido todas mis reuniones con ella y ha hecho imposible que pasemos tiempo juntos.

Se me escapa algo...

—¿Has averiguado algo más sobre el señor Dante Harris, Walsh?
—pregunto.

—Todavía lo estoy investigando, señor. —Me mira por el retrovisor—. Aunque he descubierto que hace poco ha registrado la frase «Joven multimillonario de por vida».

—Vaya. —Desearía no haber preguntado—. ¿Cómo conoció a Georgia?

—En una aplicación de citas, señor —responde—. Ya se lo había dicho.

—¿Y cuándo fue la última vez que tuvieron una cita de verdad?

—Ya hace bastante tiempo. El jefe de la señorita Grey ha hecho que le sea imposible tener citas, señor.

—Bien.

Suspira.

—¿De verdad el señor Worthy supone una amenaza para usted, señor?

—Desgraciadamente, sí.

—Entonces... —se da la vuelta para echarme una mirada, confuso— ¿tengo que sacarlo de las instalaciones?

—Déjeme pensarlo. —Dante coloca otro cartel: «*PREGÚNTAME CÓMO SALIR CON UNA MALOTA*», y sacudo la cabeza.

No me apetece ser mezquino con él, así que dejaré pasar esta infracción.

Por ahora.

—Llévame a la entrada trasera, Walsh —le pido.

—Muy bien, señor.

Cojo el maletín, atravieso las puertas y un fresco aroma a pino me azota la cara.

Los pasillos están flanqueados por abetos de gran tamaño, iluminados con luces centelleantes y brillantes adornos plateados.

Lleno de curiosidad, voy a la sala de conferencias, donde espero cerrar por fin mi mayor negocio.

Casi se me resbala el maletín de los dedos del asombro.

La nieve falsa cae del techo sobre un inmenso paraíso invernal; relucientes trenes rojos y verdes circulan por las vías y hay carteles con indicaciones para llegar a distintos lugares con la temática obvia de Navidad:

«Taller de Papá Noel».

«Polo Norte».

«Bosque Encantado».

«La Finca invernal de Grace».

«Cafetería de los elfos».

—¡Vaya, hijo! —Mi padre me pone una mano en el hombro—. Esto es increíble. ¿A qué empresa has contratado?

—Lo ha hecho una de mis empleadas —respondo—. Georgia Grey.

Cuanto más miro su impresionante trabajo de decoración, más me doy cuenta de que no sé qué hace en una oficina: es demasiado creativa...

—Bueno, pásale mi contacto, a ver si puede hacerme un presupuesto para la fiesta que tu madre y yo vamos a dar en San Valentín.

—¿Por qué? Odias las fiestas.

—No, el que odia las fiestas eres tú, hijo. —Coge una galleta—. Y si esta decoración es una pista, estoy deseando que llegue tu fiesta con Amy. ¿Georgia también se ha encargado de la comida?

—Sí, pero ella... Espera un momento. —Me cruzo de brazos—. ¿Qué fiesta con Amy?

—Las invitaciones eran preciosas. —Devora otra galleta—. Nunca había visto nada igual.

—Vas a tener que explicármelo —digo—. ¿De qué fiesta me hablas?

—De esta. —Saca un sobre reluciente de su bolsillo.

Lo abro y se despliega en seis secciones. En la última página hay una foto mía con Amy. Es una imagen retocada de nosotros besándonos bajo el muérdago entre copos de nieve.

«Dominic y Amy desean invitarlos a celebrar las fiestas en el hermoso País de las Maravillas Invernal.

Lugar de celebración: Reiss Enterprises, ala de conferencias.

Prepárense para disfrutar de la decoración navideña más mágica que jamás hayan visto».

—¿Cuándo has recibido esto? —pregunto.

—Esta mañana —responde—. Por eso he venido a toda prisa. Va a ser una fiesta de compromiso, ¿no?

Diablos, no.

—Debe de ser una broma de mi mejor amigo. —Le doy la vuelta a la invitación—. El otro día comentó algo de que estaba preparando una locura para sorprenderme.

—No lo creo, hijo. Bryan estaba tan fuera de juego como yo cuando lo he llamado. Estoy orgulloso de que por fin hayas sentado la cabeza. Amy es un partidazo.

—Para otro...

—¿Ese es el taller de Papá Noel? —Se adentra en el Bosque Encantado.

—¡Esto es aún más increíble que la semana pasada! —Amy entra en la sala—. Estoy más que impresionada.

—Yo estoy confundido. —Le tiendo la invitación—. ¿Qué es esto?

—Una sorpresa. —Me da un beso en la mejilla—. Como no te gustan las fiestas, quería hacer algo especial con nuestras familias para demostrarte lo loca que estoy por ti. Estamos destinados a estar juntos toda la vida, ¿verdad?

No contesto.

Si esto hubiera sido a principios de año, habría aceptado al instante y ya nos habríamos acostado en lugar de utilizarnos mutuamente para aparecer en público. De cara al mundo, ella y yo somos la pareja perfecta: despiadadamente competitivos, decididos a superar a los demás y ambiciosos hasta la exageración.

Sin embargo, las cosas cambiaron entre la primavera y el verano pasados, y ya no le veo demasiado sentido a nuestro acuerdo.

—Deberías haber hablado de esto conmigo —digo.

—Bueno, perdóname, ¿vale? —Desliza los dedos por mi corbata—. Como has estado enclaustrado preparando el acuerdo, he supuesto que estabas demasiado ocupado para pensar siquiera en una fiesta.

—Exactamente. —Pongo los ojos en blanco—. Hay que cancelarla.

—Doscientas personas, incluida mi familia, ya han confirmado su asistencia.

—Falta un mes. Tienen tiempo de sobra para hacer otros planes.

—¿Cuál es el motivo?

—No necesito un motivo.

—¿Es por Georgia Grey?

—No.

—Pues lo parece. —Abarca la estancia con un gesto—. Y esto también lo parece.

—Acabo de decirte que ella no es el motivo.

—¿Cuánto tiempo has pasado trabajando con ella en este proyecto tan especial? —Me mira a los ojos—. No me mientas.

—Estoy convencido de que ya sabes la respuesta. Al fin y al cabo, te has «dejado caer por aquí» todos los días para vernos trabajar.

—Vale, está bien, hagamos un trato —dice—. Llamaré a todos personalmente y les diré que no vengán. Pero tú tienes que despedir a Georgia hoy mismo.

—¿Cómo dices?

—No he nacido ayer, Dominic. —Me fulmina con la mirada—. Te gusta y tú le gustas a ella, pero solo es un encaprichamiento y una distracción. Nosotros compartimos un pasado, y no deberías tirarlo por la borda por culpa de esa golfilla.

—Georgia no es ninguna «golfilla».

—¿Cómo lo sabes? ¿Te acuestas con ella?

—Ni siquiera la he tocado.

—Pero ¿quieres hacerlo?

—Lo que quiero es que canceles esta fiesta.

—Responde a mi pregunta, Dominic. —Entrecierra los ojos—. ¿Quieres acostarte con Georgia?

Silencio.

—¡Hijo, tienes que venir a ver esto! —exclama mi padre a lo lejos—. ¡Estos duendecillos de madera me están preparando una taza de chocolate!

—Mira —Amy suaviza el tono—, sé cómo son los hombres ricos cuando se trata de compromiso, y sé que Georgia está por encima de la media en lo que se refiere a su aspecto. Es..., bueno, mona, supongo.

¿Mona? Es guapa de cojones.

No me molesto en decirlo en voz alta.

—De todos modos, ya es hora de que dejes de perder el tiempo y tomes una decisión —añade—. Llevamos «saliendo» una buena temporada y todos esperan que nos casemos pronto. Puedes quedarte con Georgia si quieres, pero será mejor que hagas lo correcto conmigo o vamos a tener un problema.

—¿Me estás amenazando, Amy?

—Claro que no, Dominic... Solo intento que comprendas que tu vida no va a ser la misma si no nos comprometemos pronto. —Da un paso atrás y, como una puñetera psicópata, se muestra alegre de golpe—. ¡Eso es increíble, señor Reiss! ¡Quiero ver esos duendecillos y ese chocolate!

Se adentra en el Bosque Encantado con mi padre, pero no me molesto en ir con ellos. *Ya lo veré más tarde.*

Contemplo uno de los trenes dorados que recorren la avenida Pan de Jengibre antes de dirigirme a mi oficina.

Al salir del ascensor, un tío vestido de rojo salta delante de mí.

—¡¿Qué pasa contigo, tío?! —exclama.

—¿«Tío»? —Enarco una ceja—. ¿Quién eres?

—El tipo al que abandonaste sin motivo. —Hace un mohín—. Pensé que teníamos algo especial...

—Me confundes con otra persona.

—Tío, hemos compartido un montón de mañanas memorables. Eran lo mejor de mis días.

—Voy a llamar a seguridad.

—Vale, quizá no te acuerdes porque hoy no llevo todo el conjunto. —Se aclara la garganta y se pone a rapear—. Odio trabajar para ti. Te odio a ti. Que le den a este trabajo, y que te den a ti también. —Baja la mano en la que fingía sostener un micrófono invisible—. ¿Te suena?

—Por desgracia...

—Confíaba en conservar el trabajo unas semanas más para poder comprar unos regalos de Navidad de última hora... —Se pasa una

mano por el pelo—. ¿Qué te parece si actúo en la fiesta de Navidad?
O podemos retomar nuestra rutina matinal...

—Prefiero pagarte cinco mil dólares para que no vuelvas a aparecer por aquí.

—¿Podrían ser diez mil? Uno de mis hijos se muere por tener una moto de *cross*...